

APÉNDICE

INFLUENCIA MORAL DEL CULTO DE MARÍA

La verdadera razón porque honramos á María consiste en que la reconocemos como Madre de Dios.

Cada palabra pronunciada en honor de María es un acto de fe en la encarnación de Jesucristo.

«Jesucristo es el fin de toda nuestra devoción;—dice el bienaventurado Grignon de Montfort, en su magnífico *Tratado de la verdadera devoción á la Santísima Virgen*—Jesucristo es el más grande modelo de toda santidad». Ahora bien, cuanto más nos acerca á Jesucristo una devoción, más semejantes á Él nos hace una práctica, más cara es ella al cristiano.

Tal es la razón por la cual no nos separamos de María. Entre todas las criaturas, es ella la que más se asemeja á Jesucristo. Si nuestra perfección consiste en hacernos semejantes á Él, el medio más seguro para lograrlo es adherirnos á ella.

Ella es la que está más cerca de Jesucristo. Si la devoción consiste en entregarnos por completo á Jesucristo, lo lograremos con la mayor rapidez posible entregándonos á María, para que nos trasmita á su Hijo.

María es el camino por el cual ha venido á nosotros Jesucristo; María es el camino por el cual llegamos á Jesucristo.

María es la criatura por la cual podemos con mayor seguridad asemejarnos á Jesucristo.

Así, pues, si honramos á María como al más elevado modelo de santidad, la devoción á ella, á causa de su seme-

janza con Jesucristo, es un medio incomparable de aliento para lograr la perfección.

Todos los que se lamentan de la supuesta exageración que hay en este culto, procederían mejor cayendo de rodillas ante la Madre de Dios, con todo el pueblo cristiano, y glorificar sus virtudes para animarse á imitarla.

Los cánticos populares más sencillos nos incitan á ello. He aquí uno que invitamos á meditar:

«Santa Virgen, á quien el Rey de la gloria ha escogido por esposa; Madre del Salvador, que nos has libertado del pecado, pide al mediador, tu Hijo, que nos perdone. Mira á tus siervos de rodillas; ofréceles tus súplicas por nosotros. ¡Oh Virgen concebida sin pecado! ¡Virgen Inmaculada! Haz que hallemos gracia ante el Señor, y pídele que nos perdone nuestras faltas, para que marchemos por tus vías, y siempre sigamos tu ejemplo. Imprime profundamente en nuestro corazón los dolores de tu Hijo. ¡Oh Madre de dolores, cuyo corazón fué traspasado por una espada; tú que permaneciste fija al pie de la cruz, cuando tu Hijo luchaba con la muerte, enséñanos á sufrir con paciencia en las amarguras de la vida, y condúcenos al cielo por la estrecha vía del dolor! Escucha, ¡oh Virgen, la más santa de las criaturas, escucha nuestras súplicas, y ruega para que, como tú, salgamos victoriosos de nuestras luchas, á fin de que, como tú, podamos llegar á esa mansión en donde reina la paz eterna, en donde son coronados los vencedores». ⁽¹⁾

(1) Schlosser, *Die Kirche in ihren Liedern*, (2) II, 315 y sig.